

Los años en los que se mantuvo la pelota. El deporte y el periodismo durante la Dictadura
Andrés López, Fausto Giorgis
Tram[p]as de la comunicación y la cultura, N.º 78, pp. 131-139, marzo 2016
ISSN 2314-274X | <http://www.revistatrampas.com.ar>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata

Andrés López alopez@perio.unlp.edu.ar

<http://orcid.org/0000-0002-9976-7257>

Fausto Giorgis faustog_lp@hotmail.com

<http://orcid.org/0000-0001-9233-3272>

Centro de investigación en Lectura y Escritura (CILE)

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata | Argentina

Resumen

Los eventos deportivos fueron una herramienta para desviar la atención del contexto político y social que atravesaba la Argentina durante la última Dictadura cívico militar. Algunos medios, como la revista *El Gráfico*, colaboraron a través de sus coberturas a ocultar lo que ocurría. Como analizan los autores en este artículo, a poco más de dos años de que el país fuera sede del Mundial de Fútbol, las prioridades informativas en materia deportiva iban a cambiar y, desde entonces, «la insignia del periodismo deportivo» abogaría en sus páginas por la separación entre el deporte y la política y encontraría en el seleccionado nacional un elemento capaz de unir a todos los argentinos.

Palabras clave

Deporte, Dictadura, *El Gráfico*, Mundial 78

Abstract

The sports events were a tool to turn aside the attention of the political and social context of the Argentina during the last civic and military Dictatorship. Some mass media, as the magazine *El Gráfico*, collaborated with its coverages to conceal what happened. Since the authors analyze in this article, little more than two years of which the country was the host of the World Cup, the informative priorities in sports matter were going to change and, since then, «the emblem of the sports journalism» would plead in its pages for the separation between the sport and the politics and would find in the national football team an element capable of joining all the Argentinians.

Keywords

Sports, Dictatorship, *El Gráfico*, World Cup 78

Los años en los que se manchó la pelota

El deporte y el periodismo durante la Dictadura

Por Andrés López y Fausto Giorgis

Decir que el 24 de marzo de 1976 se inició la Dictadura más sangrienta que conoció la historia argentina no tiene nada de novedoso. Mucho menos conocido es que ese mismo día la Selección Nacional de fútbol disputó un encuentro amistoso ante Polonia, en la lejana ciudad de Chorzów. Y si los dos datos se cruzan es porque la televisión fue intervenida, automáticamente, al producirse el Golpe de Estado, y la cadena nacional solo se abandonó para transmitir el partido.

«Se pone en conocimiento público que se ha exceptuado de la transmisión por cadena nacional, la proyección programada para el día de la fecha del partido de fútbol que sostendrán las selecciones de la Argentina y de Polonia», avisaba el comunicado N.º 23 de la Junta Militar.

Con el relato de Fernando Niembro desde Europa y con los comentarios de Enrique Macaya Márquez desde el estudio, los argentinos tuvieron la oportunidad de ver en directo el triunfo del seleccionado de Menotti, que se impuso 2-1 con goles de Héctor Scotta y de René Houseman. Y ese pequeño detalle no fue sino una muestra de una relación que iba a continuar en los años que siguieron, en los que deporte y Dictadura se vieron entrelazados, con el periodismo deportivo jugando su propio partido.

Junto con la Dictadura, el mismo 24 de marzo había salido a la calle la edición número 2.946 de la revista *El Gráfico*. Con la imagen de Jorge Mario Olguín, su título principal anunciaba: «Desde Rusia, todo sobre la selección». Se iniciaba una costumbre que se iba a repetir en los años siguientes: poner en la tapa de la revista la camiseta del Seleccionado de fútbol. Ese recurso no parece tener nada de curioso en una publicación deportiva, aunque hay que marcar que durante todo el año 1975 el equipo nacional solo había estado una vez en la tapa, y en un recuadro inferior.

Pero la Argentina iba a organizar el Mundial 78, y con ese torneo en el horizonte la agenda comenzaba a modificarse. A poco más de dos años para que el gran evento del deporte llegara a nuestro país, las prioridades en la información iban a modificarse. En todos los medios que cubrían el deporte, sin excepción, era un tema que iba a ganar espacio e importancia.

Pero *El Gráfico* no era un medio más, era la nave insignia del periodismo deportivo y lo que aparecía en sus páginas era casi un sinónimo del deporte nacional. Por eso, no es menor decir que el medio

rápidamente legitimó la toma del poder por parte de los militares y estableció una serie de demandas contra el nuevo gobierno, propias de quienes siempre han representado los intereses de los grupos más conservadores de la Argentina (Giorgis, 2015: 12).

Ya en la edición del 31 de marzo, la primera después del Golpe de Estado, la revista sentó su posición con una nota editorial que llevaba la firma de su director, Carlos Fontanarrosa. «Vamos a hablar “deportivamente” sobre el tema que conmovió a la Argentina y a los argentinos. Nos referimos al nuevo gobierno. Vamos a afrontar el caso con el “egoísmo” a que nos obliga nuestra condición de revista deportiva», anunciaba el texto, que se arrogaba la facultad de decir «qué es lo que debe terminar y qué es lo que debe comenzar» (EG, 31/3/76). Entre otras demandas, se le reclamaba a la Junta Militar que promoviera el deporte en todos los niveles de la enseñanza, y se le ponía como condición que ese proceso se realizara sin que la actividad estuviera «teñida con nombres políticos».

Con un discurso que reclamaba por la separación entre el deporte y la política, la revista apuntó a buscar un elemento que uniera a todos los argentinos. Y allí estaba esperando la Selección. Dos semanas más tarde, el equipo nacional volvía a ser tapa. «Una semana bien argentina», era el título de la edición 2.949, con fecha del 14 de abril de 1976 y fondo celeste y blanco, esta vez en forma compartida con el seleccionado de básquet, consagrado campeón sudamericano en Medellín.

En el interior, el debate empezaba a ser el de «proteger» a la Selección. Al regreso de la gira por Europa, y tras vencer por 4-1 a Uruguay, la publicación de Editorial Atlántida tomaba partido por evitar que los jugadores del plantel fueran transferidos al exterior. Volvía a hacerlo desde su nota editorial, que portaba un título escalofriante: «Que a éstos no los toquen...» (EG, 14/4/76). Nuevamente con la firma de Fontanarrosa y junto a una imagen del equipo posando para los fotógrafos.

Impresiona lo que se dice y lo que se calla: si hay alguien en particular a quien no tocar, será que no es un problema hacerlo con otros.

El plantel de la selección es ese «algo» que hay que defender, frente a otros valores y personas que no merecen el mismo celo por parte del pueblo argentino. Esos «otros», nuevamente, podrían ser quienes estaban sufriendo las políticas sistemáticas de violación de los derechos humanos por parte del gobierno militar. El mito de la ignorancia, aquel bajo el cual se escudaron quienes quisieron limpiar su imagen de cómplices luego de la caída del régimen militar, se derrumba ante un editorial de un calibre tan nefasto como el presente (Giorgis, 2015: 12).

El seleccionado, que apenas había merecido una vez la tapa de la revista en 1975, apareció cinco veces en 1976 y en diez ocasiones en 1977. Se acercaba la Copa del Mundo y el 27 de diciembre de 1977 la edición 3.038 llegó a los kioscos con la imagen de Villa, de Luque y de Bertoni con la camiseta celeste y blanca, brindando «por el éxito del Mundial y de nuestra selección». La Argentina iba a ser el escenario del gran evento del fútbol, y el periodismo deportivo se preparó como nunca para eso.

«A mí se me acercó el director de la revista y me dijo que, a partir de ese momento, no se podía criticar al seleccionado. El Mundial 78 fue el momento empresarial para apoyar a la selección. De ese modo se podían vender muchos más ejemplares», recordaba Eduardo Rafael (Lupo, 2004), uno de los periodistas de *El Gráfico* de aquella época.

El apoyo, como se evidencia en la lectura, no era solamente al equipo. «La ciudad aparece distinta, más limpia, más bonita», destacaba la edición del 30 de mayo, la última antes del inicio del campeonato. Por si no estaba claro el guiño a la Dictadura, en la última página aparecía la imagen de Jorge Rafael Videla saludando al plantel en la Casa Rosada. «Ustedes son nosotros», arengaba el texto a los jugadores. «Orgullosos y humildes a la vez para creer en nuestras pequeñas grandes verdades argentinas» (EG, 30/5/78).

Esas palabras fueron leídas por una cifra récord de lectores, ya que la tirada de ese número trepó a los 200 mil ejemplares, cifra que la publicación no alcanzaba desde la década del cincuenta. Y los triunfos del equipo hicieron que la cifra se multiplicara hasta alcanzar el número de 600 mil ejemplares el 27 de junio, dos días después de la final contra Holanda y del esperado título mundial.

Las cifras dan cuenta de que al menos uno de cada 40 argentinos compró esa edición de *El Gráfico*.

Intuyo que sepultados en ese fervor hay millares de hombres, mujeres y niños que son mis iguales. Es el momento sublime de la gran comunión nacional. Dentro y fuera de la cancha un hilo invisible unió los espíritus argentinos para esta convocatoria. Maltratado y querido Campeonato Mundial que estás a punto de concluir. ¿Dónde están tus enemigos? ¿Cuándo vale este milagro? (EG, 27/6/76)

Así escribía Héctor Vega Onesime en la nota principal, dedicada a la crónica del partido. La revista daba por cumplida su prédica de dos años atrás: el fútbol había proporcionado la pretendida unión de los argentinos.

Un día antes, los diarios habían batido récords de ventas, y en ellos circulaba la misma hipótesis.

Después de este Mundial que ha terminado debemos seguir encontrándonos y reconciliándonos en torno de los grandes objetivos comunes de la nacionalidad. [...] Esto vale más que la incompreensión de algunos y la toruosidad con la cual otros insisten en injuriarnos en el extranjero. Hay fe suficiente, en suma, para que la Nación persevere en su actual dirección» (La Nación, 26/6/78).

El diario *Clarín* no le iba en zaga:

La Argentina quiere dejar definitivamente atrás la inercia, el dolor y el desgarramiento. Quiere marchar hacia un destino de realizaciones y victorias en forma compacta y desgranando de su inmenso contingente apenas a aquellos pocos que no comprendan que el momento oscuro de cada día es el que precede inmediatamente al amanecer (*Clarín*, 26/6/78).

El momento de la gloria había llegado y los diferentes discursos daban cuenta de eso (Turner, 1998).

En su afán por mostrar la mejor cara del país ante el mundo, *El Gráfico* había protagonizado, quizás, el más grande papelón de la prensa deportiva en esos años: había publicado una carta del capitán de Holanda a su hija, en la que destacaba las bondades del país y hasta de los militares que lo gobernaban. La carta se publicó en una doble página con el título «A mi hija». El jugador no solo la desmintió inmediatamente, sino que hasta hubo una amenaza del equipo de retirarse del Mundial por ese hecho.

«Mamá me contó que los otros días lloraste mucho porque algunos amiguitos te contaron cosas muy feas que pasaban en Argentina. Pero no es así. Es una mentirita infantil de ellos. Papá está muy bien. Aquí todo es tranquilidad y belleza. Esto no es la Copa del Mundo, sino la Copa de la Paz», decía el texto que –después se supo– fue escrito por el periodista Enrique Romero.

«No te asustes si ve algunas fotos de la concentración con soldaditos de verde al lado nuestro. Estos son nuestros amigos, nos cuidan y nos protegen», se animaba a escribir en la nota, en la que agregaba que esos soldados «de sus fusiles disparan flores. Dile a tus amiguitos la verdad. Argentina es tierra de amor».

Pero el Mundial 78 también trajo al país a muchos periodistas extranjeros que pudieron comprobar en carne propia que esa carta no era más que una burda mentira. Las noticias de los desaparecidos, de los campos de concentración y de las violaciones a los Derechos Humanos ya circulaban desde hacía tiempo en los medios de comunicación del extranjero (lo que la dictadura dio en llamar «la campaña antiargentina»), y el Mundial contribuyó a que esa información se potenciara. Las Madres de Plaza de Mayo aparecieron en la televisión europea durante el mes del Mundial con un ruego que se hizo emblemático: «Son nuestra última esperanza. Ayúdenos por favor».

Poco más de un año después, el 6 de septiembre de 1979, llegó al país la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). Al día siguiente fue recibida por la Junta Militar, en una fecha que coincidió con otra final del mundo. Esta vez, la que disputó

el seleccionado juvenil de Maradona y de Ramón Díaz, en Tokio, y ante la Unión Soviética. «Más Derecho y Humano, Imposible: De La Quiaca Hasta el Japón... ARGENTINA CORAZON..!», decía un poco feliz titular del diario *Crónica* (7/9/79) uniendo las dos principales noticias de ese día.

Por segunda ocasión en dos años, la camiseta argentina estaba en lo más alto del mundo, pero eso no tapaba los crímenes de la Dictadura cívico militar. Sin embargo, muchos periodistas tardaron en entenderlo y uno de ellos fue José María Muñoz, una de las principales figuras de esos tiempos. El «Relator de América» terminó manchado para siempre por su arenga de ese día, cuando llamó a festejar en la Plaza de Mayo para demostrar a la *сm* «que la Argentina no tiene nada que ocultar».

Gran parte de su público nunca le perdonó esa actitud, y un par de años después comenzó a perder su liderazgo con la llegada al país de Víctor Hugo Morales. El relator uruguayo debutó en Radio El Mundo en 1981, la misma tarde en la que Maradona debutó en Boca, y en su primer relato comenzó a incluir letras de canciones prohibidas por la Dictadura.

Víctor Hugo fue soplo de aire fresco para un periodismo deportivo que necesitaba salir de la oscuridad, como lo fue también el semanario *Goles Match* (según Osvaldo Soriano, «la única revista que se podía leer en el exilio»), que llegó a hacerle un reportaje al premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, con el título «El gran gol argentino». Pero la publicación no pudo evitar la persecución: muchos de sus periodistas debieron exiliarse, cambió su nombre por *Goles* (a secas, como en su antigua época) y dejó de editarse en 1982.

Ese año fue el año de la Guerra de Malvinas y del fracaso del seleccionado en el Mundial de España, dos eventos casi coincidentes y en los que el periodismo deportivo mostró parte de su peor cara. *El Gráfico* cambió su tradicional logo con las letras en rojo por otro en celeste y blanco que remitía a la bandera, y lo mismo hicieron *Estadio* y *Goles*, que hasta incluyó en su portada la imagen de las islas, en un claro apoyo a la última aventura de la Dictadura.

Durante el Mundial 82, José María Muñoz llegó al extremo de relatar los partidos de Inglaterra sin mencionar el nombre del país. «Avanzan los rojos» o «El equipo que está enfrentando a Alemania», son frases que hoy llaman al asombro cada vez

que se consultan esas piezas del archivo. A la orden del día estaban los discursos que mezclaban el fútbol con la guerra, pero la derrota de la selección nacional en la segunda ronda obligó a archivarlas rápidamente. «Las razones del más grande fracaso», tituló *El Gráfico* el 6 de julio de 1982 para anunciar la eliminación.

Más allá del fútbol, la derrota militar marcó que la Dictadura iniciara la retirada y el deporte brindó un escenario privilegiado para que el pueblo lo expresara: el estadio Luna Park, sede del Mundial de vóley que se disputó en octubre de ese año.

Si en los meses de la Guerra de Malvinas se quemaban banderas británicas y se cantaba «el que no salta es un inglés», la consigna había cambiado llegado el final del año. Ahora el grito de guerra era otro: «El que no salta es militar». En la cancha, un puñado de jugadores que usaban la camiseta argentina vencían a casi todos los rivales hasta llegar al tercer lugar del podio. En las tribunas, el público alentaba y anticipaba los días felices: «Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar».

«El vóley no puede exhibir ninguna bandera de lucha contra la Dictadura, pero brindó el escenario para que eso se exprese», reconoció con el tiempo Waldo Kantor, una de las figuras de aquel equipo. Jóvenes, ganadores y exitosos, aun sin buscarlo muchos de ellos se convirtieron en símbolos de un momento esperanzador de nuestra historia.

En la prensa, por supuesto, es casi imposible buscar rastros de esos discursos. Hasta las transmisiones de aquellos partidos fueron prolijamente ocultadas en busca de callar esas voces que ya no había forma de frenar. Pero el retorno a la democracia estaba en marcha, aunque hubiera que esperar todavía un año para que el pueblo eligiera a sus gobernantes mediante elecciones.

Ese año iba a dejar, por supuesto, mucha tela para cortar. Y la sorpresa la dio otra vez *El Gráfico*. La revista de Editorial Atlántida, que durante los años más oscuros ocultó información, omitió conceptos y buscó eufemismos, unió las palabras horror y muerte en la tapa de su número 3.342, con fecha 25 de octubre de 1983. «Investigación especial: horror y muerte en el fútbol», era el tema principal de la última edición antes de los comicios.

Tuvieron que pasar años para que la prensa deportiva se ocupara de otros casos de horror y de muerte. Los desaparecidos de La Plata Rugby Club (casi un equipo completo) o el caso del atleta Miguel Sánchez (inspirador de «La carrera de Miguel») son solo un ejemplo de muchas investigaciones especiales que tuvieron que esperar mucho tiempo para salir a la luz.

Referencias bibliográficas

GIORGIS, Fausto (2015). «El periodismo deportivo también es responsable». *Medios y dictadura* (N.º 4), p. 12. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

LUPO, Víctor (2004). *Historia política del deporte argentino (1610-2002)*. Buenos Aires: Corregidor.

TURNER, Alejandro (1998). «25 millones de argentinos: fútbol y discurso en el Mundial 78». En Alabarces, Pablo; Di Giano, Roberto; Frydenberg, Julio. *Deporte y sociedad*. Buenos Aires: Eudeba.

VEGA ONESIME, Héctor (2003). *Memorias de un periodista deportivo*. Buenos Aires: Ediciones B.